

# Amores ovidianos. Una antología hacia la traducción de *Metamorfosis*

MARÍA EUGENIA ROMERO

meugrom@gmail.com

JULIETA ALONSO GARAY

julietaalonsoaray@gmail.com

LUCÍA BELÉN DELPINO

ludelpino01@hotmail.com

GIULIANA IACONO

iaconoggiuliana@gmail.com

SANTIAGO RATTO

santiago.ratto.01@gmail.com

GIULIANA ATENEA ZELAYA

zelaya.giuliana7@gmail.com

Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP)

Fecha de recepción: 30/04/2025

Fecha de aceptación: 22/06/2025

## | RESUMEN

Las traducciones que aquí presentamos son el primer resultado del proyecto grupal que iniciamos en enero de este año y que se encuadra en un proyecto mayor titulado “La épica: entre la *imitatio* y la interculturalidad”, cuya ejecución está prevista durante el bienio 2025-2026 en el marco del grupo de investigación Antiguos y Modernos. Estudios sobre la Épica (ANyMO) de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata.

El objetivo principal de nuestro proyecto es la publicación de una serie de cinco antologías bilingües de diversos episodios de *Metamorfosis* de Ovidio, organizadas según un criterio temático (historias de amor, cosmogonía y catástrofes, historias “terroríficas”, episodios eneádicos y episodios homéricos). De la primera de ellas, la antología de temática amorosa, proponemos a modo de avance el presente artículo. Dichas antologías, que a mediano plazo prevemos reunir en una edición y traducción completa del poema, están dirigidas a constituir un instrumento de estudio de *Metamorfosis* en el contexto, primordial pero no excluyente, de los cursos de Lengua y Literatura Latinas no solo de nuestra Facultad, sino de cualquier institución universitaria hispanohablante. En función de tal propósito, y si bien en este artículo no hemos incorporado el texto latino por razones de extensión, la traducción ha sido dispuesta de modo tal que cada línea corresponda —cuando lo permite la sintaxis del español— a un hexámetro ovidiano, a efectos de facilitar la confrontación de uno y otro texto.

Por último, en lo que respecta a los criterios de organización del artículo, cada uno de los fragmentos presentados a continuación, pertenecientes a cuatro de los más célebres episodios amorosos del poema, está precedido de una introducción en la cual proporcionamos información esencial sobre la inserción del pasaje en el relato ovidiano, o datos de otra alguna índole que hemos considerado de interés.

**Palabras clave:** *Metamorfosis* de Ovidio; Píramo y Tisbe; Céfalo y Procris; Orfeo y Eurídice; Ceix (Morfeo) y Alcíone.

## | Píramo y Tisbe (4.55-92)

Obedientes a la orden del sacerdote de Baco, las mujeres de Orcómeno, en Beocia, abandonan sus ocupaciones y se preparan para celebrar un día de festividades en honor al dios: cubren sus pechos con una piel de corzo, se sueltan los cabellos y lo adornan con guirnaldas, llevan tirsos en sus manos, ofrecen incienso e invocan al dios con sus múltiples nombres. Las hijas del rey Minias, en cambio, rehúsan participar del culto por no creer que Baco sea descendiente de Júpiter. Desoyendo la inquietante advertencia del sacerdote sobre la venganza del dios contra los impíos, las minieides, aferradas a los preceptos de Minerva, permanecen en el hogar y continúan sus labores de hilado y tejido. Para amenizar la tarea, una de ellas propone que cada una cuente una historia. Todas aprueban la iniciativa y la invitan a comenzar. La historia de los infaustos amores de Píramo y Tisbe es la primera de la secuencia de leyendas orientales que narran las hermanas.

Esta y las restantes historias referidas por las minieides carecen de fuentes literarias conocidas en la literatura greco-latina. A falta de antecedentes, el relato ovidiano del amor vedado y el doble suicidio de los adolescentes babilonios tendrá, en cambio, numerosas recreaciones en la literatura medieval y renacentista. Una descuella, desde luego, entre todas: *Romeo y Julieta* de William Shakespeare.

|                                                                               |    |
|-------------------------------------------------------------------------------|----|
| "Píramo y Tisbe, de los jóvenes uno el más hermoso,                           | 55 |
| la otra, de las doncellas que tuvo Oriente la preferida,                      |    |
| casas contiguas tuvieron, allí donde dicen que su alta                        |    |
| ciudad con muros de ladrillos Semíramis ciñó. <sup>1</sup>                    |    |
| El conocerse y los pasos primeros los causó la vecindad,                      |    |
| el amor creció con el tiempo. También por derecho sus teas se hubiesen unido, | 60 |
| mas lo vedaron sus padres. Lo que no pudieron vedar:                          |    |
| por igual, privados de juicio, ambos se abrasaban.                            |    |
| Confidente no hay ninguno: hablan con el gesto y con señas,                   |    |
| y mientras más se lo oculta, más arde el oculto fuego.                        |    |
| Hendida estaba por una pequeña rendija formada en otro tiempo                 | 65 |
| –al construirla– la pared común a las dos casas.                              |    |
| Tal defecto, por nadie advertido a través de los siglos,                      |    |
| (¿qué no percibe el amor?) fuisteis en verlo primeros los amantes,            |    |
| y de la voz lo hicisteis el camino; y por él sin peligro                      |    |

<sup>1</sup> Según Diodoro de Sicilia, cuya fuente es el historiador griego Ctesias de Cnido (s. V a. C.), la reina asiria Semíramis decidió fundar la ciudad de Babilonia tras la muerte de su esposo Nino. Si bien, de acuerdo a una noticia que recogen Ctesias y Diodoro, la reina confiaba mucho más en la defensa natural de los pantanos que rodeaban la ciudad, ordenó que esta fuese fortificada con una inmensa muralla provista de 250 torres.

en ínfimo murmullo vuestros halagos solían pasar. 70  
 A menudo, cuando se habían colocado Tisbe de un lado y Píramo del otro,  
 y buscado mutuamente con ansia el jadeo de sus bocas,  
 decían “Envidiosa pared, ¿por qué a los amantes te opones?  
 ¿Era tanto pedir que permitieras que con todo el cuerpo nos uniéramos,  
 o si esto es demasiado, para dejar siquiera besarnos que te abrieras? 75  
 Y no somos ingratos: a ti reconocemos deberte  
 el haber dado a nuestras palabras la senda a los oídos amigos.”  
 Así hablaron en vano desde sitios opuestos,  
 al llegar la noche dijeron “adiós” y a su parte dieron  
 cada uno besos que al otro lado no llegaron. 80  
 La aurora siguiente había alejado los astros nocturnos  
 y el sol había secado con sus rayos las hierbas cubiertas de escarcha;  
 en el lugar acostumbrado se reunieron. Y habiéndose con débil murmullo  
 quejado de mucho primero, resuelven que en la noche silenciosa  
 burlar intentarán a sus guardianes y franquear las puertas, 85  
 y una vez salidos de sus casas, también de la ciudad los refugios atrás dejarán;  
 y para no extraviarse vagando por el extenso labrantío,  
 se reunirán junto a la tumba de Nino<sup>2</sup> y ocultarán bajo la sombra  
 del árbol. Allí, un árbol de frutos níveos colmado  
 había, un alto moral, a una helada fuente cercano. 90  
 Les place lo pactado. Y la luz, que lentamente parecía alejarse,  
 se precipita en las aguas, y de las aguas surge la noche.”

### | Céfaló y Procris (7.794-865)<sup>3</sup>

Debido a la muerte de su hijo Androgeo a manos de los atenienses, Minos declara a estos la guerra. Acompañado por los hijos de Palante, Céfaló, emisario ateniense, se dirige para pedir auxilio a Egina, reino de Éaco. El anciano rey los recibe, recuerda fielmente los antiguos pactos que unen a ambos reinos y acepta otorgar la ayuda necesaria. A la mañana siguiente, el viento retiene las naves de los cecrópidas y les impiden el regreso a Atenas. Céfaló y los hijos de Palante, entonces, se reúnen con Foco, hijo menor de Éaco, quien los recibe en el palacio y los conduce a un sitio apartado. Allí se entretienen en conversaciones triviales, hasta que el eácida repara en la lanza que Céfaló lleva en su mano: su punta es dorada y la madera de la que está hecha le resulta desconocida. El huésped responde a todas las preguntas al respecto pero, al momento de contar cómo había conseguido el arma, rompe en llanto, acongojado por la pérdida de su esposa Procris.

<sup>2</sup> Personaje a medio camino entre la historia y el mito, Nino fue, según diversas tradiciones, el fundador del primer imperio asirio y epónimo de Nínive, la famosa capital del imperio neoasirio, destruida por una coalición medo-babilonia en 612 a. C. Diodoro, basado en la autoridad de Ctesias, informa que su tumba había sido emplazada, por orden de Semíramis, en el interior del palacio real de Babilonia. La ubicación que le atribuye Ovidio —el mismo sitio donde morirán Píramo y Tisbe— podría ser una invención del propio poeta, destinada quizás a vincular a ambos jóvenes con los legendarios amantes asirios (recuérdese la mención de Semíramis en el v. 58).

<sup>3</sup> Esta es la segunda versión ovidiana del mito de Céfaló y Procris; la primera se incluye, a modo de *exemplum* sobre las fatídicas consecuencias de los celos, en *Ar.* 3.685-746.

Cuando puede reanudar su respuesta, cuenta Céfalos que dos meses después de la boda, una mañana en que salía de cacería fue raptado por la diosa Aurora. Suplicante, la conmovió al hablarle de su matrimonio reciente y del amor que sentía por su esposa. Aurora, despechada, finalmente lo libera, no sin dejarle una advertencia: “si mi mente ve el porvenir, desearás no haberla tenido” (Ov. *Met.* 7.712-713). Invadido por el temor de que Procris no hubiese guardado el juramento conyugal durante su ausencia, decide —antes de darle a conocer su regreso— poner a prueba su fidelidad con obsequios. La diosa favorece tal propósito y cambia su aspecto para volverlo irreconocible. La esposa rechaza primero el cortejo del fingido seductor, pero Céfalos insiste aumentando los regalos, y así la induce a vacilar, ante lo cual revela con ira el engaño y su verdadera identidad. Procris, avergonzada, huye de su esposo y se une al séquito de Diana. Pero este la busca y suplica su perdón. Ella lo acepta y, como testimonio de su amor, le obsequia un perro de caza y la jabalina que llamará la atención de Foco. Varios años de felicidad conyugal transcurren desde entonces para Céfalos y Procris.

“¿De la jabalina cuál es la culpa?”

dijo Foco. Así contó él las culpas de la jabalina:

795

“Las alegrías, Foco, son de mi dolor el principio.

De ellas primero hablaré. Me agrada recordar ¡oh, Eácida!

el tiempo dichoso, cuando en los años primeros, como se debe,

con mi esposa era feliz, feliz era ella con su marido.

El mutuo cuidado y el amor conyugal a los dos nos gobernaban.

800

Ni ella el lecho de Júpiter hubiese preferido a mi amor,

ni capaz de conquistarme, aun si viniera la mismísima Venus,

había ninguna. Idénticas llamas abrasaban nuestros pechos.

Cuando el sol hería las cumbres casi con sus rayos primeros,

solía ir de caza a los bosques, con los bríos de mi juventud.

805

Ni sirvientes, ni caballos, ni perros de agudo olfato

ir conmigo solían, ni acompañarme redes nudosas:

seguro estaba con mi jabalina. Y cuando ya saciada de la matanza

de fieras estaba mi diestra, buscaba el frescor y la sombra

y la brisa que salía de los valles helados.

810

La dulce brisa buscaba en medio del calor,

la brisa aguardaba con ansia, era ella el reposo a mi fatiga.

“Brisa” (bien lo recuerdo) “ven” solía cantar

“y deléitame y en mi regazo, queridísima, penetra

“y alivia de grado, como sabes hacer, los ardores en que me abraso.”

815

Tal vez agregaba (así me arrastraban mis hados)

más halagos y “tú, mi gran deleite,”

decir solía, “tú me reanimas y me amparas,

“tú haces que ame los bosques, que ame los sitios solitarios;

“y ese aliento tuyo es siempre perseguido por mi boca.”

820

A estas palabras ambiguas burlados oídos prestó

no sé quién, y el nombre de la brisa, tantas veces invocado,

piensa que es de una ninfa. A una ninfa cree que amo.

Al punto, de una culpa imaginaria imprudente delator,

a Procris acude y lo oído refiere con lengua murmurante.

825

Cosa crédula el amor: por un súbito dolor desvanecida,  
según me cuentan, cayó; y después de largo tiempo reanimada  
dijo ser desgraciada, ser de inicuo destino  
y se quejó de la fidelidad; y perturbada por un crimen irreal,  
lo que es nada temió, temió a un nombre sin cuerpo 830  
y se aflige, desdichada, como de una rival verdadera.  
Sin embargo, duda muchas veces y espera la muy infeliz engañarse.  
Y niega a la delación veracidad y, a menos que lo viese ella misma,  
a condenar no está dispuesta las faltas de su marido.  
Al día siguiente, la luz de la Aurora había desterrado la noche: 835  
salgo y hacia el bosque me dirijo. Y vencedor, tendido en la hierba,  
“Brisa” dije “ven y remedia mi fatiga.”  
Y de pronto, unos gemidos, en medio de mis palabras, me parecía  
–no sé cuáles– haber oído; cuando “ven” decía, no obstante, “tú, la mejor”,  
cuando un nuevo ruido leve produjeron las hojas que caían, 840  
pensé que de una fiera se trataba y arrojé mi venablo volador.  
Era Procris, que en medio de su pecho sujetando una herida,  
“Ay de mí” clamaba. Cuando la voz reconocí  
de mi fiel esposa, hacia la voz, precipitado y sin juicio, corrí.  
Medio muerta, y manchados de sangre los dispersos vestidos, 845  
y su regalo (¡infeliz de mí!) de la herida tratando de arrancarse,  
la encuentro, y su cuerpo, para mí que el mío propio máspreciado,  
con brazos delicados levanto, y con mis ropas que desgarré desde el pecho  
vendo la herida cruel y la sangre intento detener,  
y que no me abandone, le ruego, mancillado de crimen por su muerte. 850  
Ella, privada de fuerzas y ya moribunda, se esforzó  
por decir estas pocas palabras: “Por los pactos de nuestro lecho,  
“y por los dioses del cielo y los míos,<sup>4</sup> te ruego suplicante,  
“por si algo bueno de ti he merecido, por el amor  
“que permanece aun ahora, cuando muero, y es la causa de mi muerte, 855  
“no consientas que Brisa en nuestro tálamo entre como esposa.”  
Dijo, y entonces por fin que un equívoco había en el nombre  
comprendí y le expliqué. Mas ¿de qué servía explicarle?  
Desfallece y, escasas, huyen con la sangre sus fuerzas.  
Y mientras algo puede mirar, me mira y dentro de mí 860  
y en mi boca exhala su alma desdichada;  
mas con mejor expresión, serena, parece morir.  
Llorando escucharon estas cosas que entre lágrimas el héroe recordaba; he aquí  
que Éaco entró con sus dos hijos y con nuevo  
ejército, que Céfalo recibe a la vez que sus armas poderosas.

<sup>4</sup> Los dioses infernales. Procris, que está muriendo, ya habla de sí misma como parte del mundo de los muertos.

## | Orfeo y Eurídice (10.1-63)

Al final del libro 9, Ovidio narra el mito de la cretense Ifis, a quien su madre Teletusa hizo pasar por varón desde que la dio a luz, a fin de eludir el mandato de su esposo Ligdo, quien le había ordenado—según una primitiva costumbre griega— dar muerte al recién nacido si se trataba de una niña. Llegada Ifis a la edad casadera, Ligdo promete a su pretendido hijo una hermosa joven, lante. Cuando la boda es inminente, Teletusa e Ifis acuden en busca de ayuda al templo de Isis: la madre, para que su engaño no se descubra y la deje expuesta a un severo castigo; la hija, para que la diosa subsane la imposibilidad biológica de consumir el matrimonio con lante, a quien la une un recíproco amor. La diosa atiende las súplicas de Teletusa y obra la transformación de Ifis en varón, quien finalmente celebra sus bodas con lante, a las que asisten Juno, Venus e Himeneo, dios de las ceremonias nupciales.

El viaje de este último desde Creta hasta las costas de Tracia marca la transición entre aquel mito y el que abre el libro 10. A la vez, las opuestas actitudes del dios ante las bodas involucradas en cada uno de los episodios resaltan el contraste entre ambos: después de su participación festiva en la unión de Ifis e lante, final feliz de una historia que comenzó con una decisión funesta, la presencia de Himeneo en las nupcias de Orfeo y Eurídice está rodeada de presagios aciagos, que el poeta, recurriendo a una elipsis tan virtuosista como la mencionada transición, no demora en mostrar cumplidos (vv. 8-10). El desarrollo narrativo ovidiano del célebre mito se centra así, a diferencia de su intertexto virgiliano inmediato (G. 4.453-527), en la fase infernal de los trágicos amores del cantor tracio y la ninfa.

De allí, cubierto con su manto de color del azafrán, por el inmenso  
éter se aleja Himeneo y a las costas de los cicones<sup>5</sup>  
se dirige y por la voz de Orfeo es en vano invocado.  
Él se hizo presente, es verdad, mas ni palabras rituales,  
ni alegre semblante llevó, ni augurio feliz. 5  
Además, la antorcha que sostuvo con humo lacrimoso crujió  
sin cesar y no produjo al agitarla fuego alguno.  
El final, más penoso que el presagio: pues mientras por la hierba  
la recién casada con abundante séquito de náyades pasea,  
muere al recibir en el tobillo la mordida de una serpiente. 10  
Después que la hubo llorado lo suficiente a las regiones celestes  
el vate del Ródope,<sup>6</sup> por no dejar de instar también a las sombras,  
a la Estigia se atrevió a descender por la puerta del Ténaro;<sup>7</sup>  
y a través de ingravidas gentes y de espectros con debido sepulcro,  
a Perséfone acudió y al soberano que los reinos desapacibles 15  
de las sombras gobierna. Y cantando al son de las cuerdas  
así dice: “Oh, divinidades del mundo bajo tierra situado,

5 Pueblo de Tracia, región del noreste de la antigua Grecia, patria de Orfeo.

6 Macizo montañoso de Tracia, cuyo gentilicio (*Rhodopeius*) usa Ovidio, por sinécdoque, con el significado de “tracio” aquí y en el v. 50. Previamente, en 6.87-89, la écfasis del tapiz de Minerva recuerda el castigo de la tracia Ródope y de Hemo, transformados en montañas por haber usurpado los nombres de Juno y Júpiter.

7 Uno de los tres cabos (el central) del sur del Peloponeso. Según una muy antigua creencia, había allí, cerca de un famoso templo consagrado a Poseidón, una cueva por la cual se accedía al Hades. Ya Virgilio (G. 4.467) había ubicado en este mismo promontorio las puertas por las que Orfeo ingresó al inframundo en busca de Eurídice.

en el cual caemos cualesquiera que en mortal condición somos creados,  
 si es lícito, y habiendo renunciado a las excusas de una boca mentirosa,  
 que diga la verdad permitís, hasta aquí para ver el tenebroso 20  
 Tártaro no he descendido ni, erizada de culebras por cabellos,  
 la triple garganta encadenar del monstruo semejante a Medusa.<sup>8</sup>  
 El motivo del viaje es mi esposa, en la cual su veneno  
 una víbora, al ser pisada, vertió y le arrancó el aumento de sus años.  
 Poder soportarlo quise, y no negaré haberlo intentado; 25  
 Amor ha vencido.<sup>9</sup> Este dios es bien conocido en el mundo de arriba  
 dudo si también lo es aquí. Sin embargo, que también lo es aquí me figuro;  
 Y si no es mentida la fama de un antiguo rapto,<sup>10</sup>  
 también a vosotros Amor os unió. Yo, por estos lugares llenos de temor,  
 por este Caos ingente y el silencio del vasto reino, 30  
 de Eurídice, imploro, destejed la muerte apresurada.  
 Todos os somos debidos, y por poco tiempo demorados,  
 más tarde o más temprano a una sola sede marchamos de prisa.  
 Hacia aquí nos dirigimos todos, es esta la última morada, y vosotros  
 de la especie humana los reinos más extensos gobernáis. 35  
 Ella también cuando, a la edad oportuna, los años justos haya cumplido,  
 bajo vuestro poder estará: como un regalo demando su disfrute.  
 Por esto, si los hados niegan a mi esposa el permiso, tengo resuelto  
 que no quiero regresar: con la muerte gozad de los dos.”  
 Por quien esto decía y las cuerdas pulsaba acompañando sus palabras 40  
 lloraban las almas sin sangre: Tántalo la onda  
 fugitiva no trató de alcanzar y suspense quedó la rueda de Ixión,  
 y no desgarraron el hígado las aves y los cántaros olvidaron  
 las nietas de Belo, y en tu roca, Sísifo, te sentaste.  
 Es fama que esa vez fue la primera que de las Euménides vencidas por el canto 45  
 con lágrimas las mejillas se humedecieron.<sup>11</sup> Ni la esposa real  
 es capaz, ni el que rige los abismos, de responder que no al implorante,

8 En los vv. 21-22 se alude a uno de los doce trabajos de Heracles –la captura de Cerbero– para el cual se decía que el héroe había entrado a las comarcas infernales por la puerta situada en el cabo Ténaro (ver n. 7). Sobre el sentido del adjetivo *Medusaei* (lit. “meduseo”), que aquí traducimos por “semejante a Medusa”, diversas han sido las interpretaciones propuestas a lo largo de la historia de la crítica ovidiana, imposibles de resumir aquí. A la luz de lo que narra el propio poeta acerca del monstruo algo más adelante (vv. 65-67), nos inclinamos por la explicación de que la semejanza con Medusa radica en la capacidad de Cerbero de petrificar a quien lo mira.

9 Evidente imitación del famoso hemistiquio virgiliano *omnia uincit Amor* (Ecl. 10.69).

10 El rapto de Prosérpina por Dite (o Plutón), narrado anteriormente en el poema (5.341-384).

11 vv. 41-46. Al igual que en Verg. G. 4.481-484, la propiedad taumátúrgica del canto de Orfeo alcanza incluso a los condenados a suplicios eternos por actos de impiedad y a las divinidades subterráneas más inmovibles, como las aterradoras Euménides. Sin embargo, mientras que su antecesor sólo menciona –además de a estas y Cerbero– a Ixión, encadenado a una rueda que gira sin cesar por haber intentado violar a Juno, Ovidio amplía la enumeración agregando a mortales de similar catadura y fama: Tántalo, que había sido condenado, según la versión más conocida del mito, a padecer hambre y sed eternas por haber ofrendado a su propio hijo Pélope como manjar a los dioses; el innombrado Ticio, cuyo hígado es devorado por dos buitres, en castigo a su ultraje a Latona, madre de Apolo y Artemisa (cf. Hom. Od. 11.576-581); las Danaides, cuyo abuelo fue Belo, padre de Dánao, quienes mataron a sus primos y esposos –los hijos de Egipto– durante la noche de bodas, crimen que pagan tratando de llenar infructuosamente unos cántaros agujereados; por último, Sísifo, que delató al mismísimo Zeus ante Asopo, padre de Egina, por el rapto de la joven y, por esta causa, empuja por una pendiente una enorme roca, la cual vuelve a rodar cuesta abajo cada vez que llega a la cima.

y a Eurídice llaman. Entre las sombras recientes ella estaba  
y avanzó con paso tardo a causa de la herida.  
A ésta recibe Orfeo el del Ródope, junto con una condición: 50  
que no volvería sus ojos atrás hasta haber salido  
de los valles del Averno, o el don sin efecto quedaría.  
Se abre a través de los mudos silencios cuesta arriba una senda  
escarpada, tenebrosa, densa de niebla sombría.  
Y no mucho distaron del confín con la tierra más alta: 55  
allí, temiendo que se apartara y ávido de verla,  
volvió el amante los ojos; y ella al punto de nuevo cayó,  
y los brazos tendiendo y pugnando por ser atrapada y atrapar  
nada aferró, desgraciada, excepto el aire fugaz.  
Y ahora, que por segunda vez moría, no expresó de su esposo 60  
queja alguna: pues ¿de qué se quejaría, sino de haber sido amada?  
Y el último “adiós”, que ya apenas los oídos de él  
percibieron, pronunció y al mismo sitio retrocediendo fue a dar.

### | Ceix (Morfeo) y Alcíone (11.650-709)

Desconcertado por los prodigiosos acontecimientos que involucraron a su hermano Dedalión y a su sobrina Quíone, así como a su huésped Peleo, el piadoso Ceix, rey de Traquis, decide consultar al dios Apolo. Vedado el camino hacia Delfos, donde el impío Forbas asalta a los peregrinos, resuelve atravesar el mar Egeo para dirigirse al oráculo de Claros, en Lidia. Su esposa Alcíone, atormentada por aciagos presentimientos, le ruega que no emprenda la peligrosa travesía o que, al menos, la lleve consigo para morir juntos; pese a su insistencia y al hondo amor que los une, no logra disuadirlo y, tras consolarla con tiernas palabras, Ceix parte sin demora rumbo a Claros. Cuando su nave está ya muy lejos de las costas tesalias, se desata una furiosa tempestad en medio del Egeo: la nave del rey naufraga y todos los tripulantes perecen, incluido Ceix, que muere pronunciando el nombre de su amada.

Ignorante de la muerte de su esposo, Alcíone —tan piadosa como él— no cesa de aguardar su regreso y, por ello, de entregar ofrendas en el altar de Juno, diosa tutelar del matrimonio. No soporta la esposa de Zeus las súplicas vanas por la salvación y el retorno de un muerto y, dispuesta a remediar el incordio, manda a Iris, mensajera del Olimpo, ante el dios Sueño para que transmita a éste la orden de enviar a uno de sus hijos a que, bajo la apariencia de Ceix, revele a Alcíone la amarga verdad. Cumple Iris su parte del mandato; a fin de cumplir la suya, Sueño elige, de entre su incontable prole, al más dotado para satisfacer las exigencias de Juno: Morfeo, experto imitador del rostro, los gestos y hasta la voz de los mortales.

Vuela él<sup>12</sup> con alas que ningún ruido producen 650

<sup>12</sup> Morfeo. Toda la evidencia existente indica que este personaje —al igual que sus hermanos Ícelo o Fobétor y Fántaso— es una invención ovidiana. De hecho, sus nombres no aparecen en fuentes literarias anteriores a *Metamorfosis*. En lo que respecta a Morfeo en particular, y como es habitual en el poema, parece ser el producto de la combinación de elementos preexistentes e inéditos. Su nombre, derivado del vocablo griego μορφή, ‘forma’, es uno de los juegos etimológicos tan del gusto del poeta: *Morpheus*, en efecto, evoca la capacidad del personaje de imitar la forma o figura humana. Pero, además, esa capacidad se vincula con dos condiciones que sí están presentes en la tradición literaria desde *Iliada* y que Morfeo reúne. En primer lugar, su condición de hijo de *Somnus*, sustantivo que designa en latín el sueño en tanto acto de dormir (personificado aquí por Ovidio), vincula su linaje a una personificación equivalente, que ya

a través de las tinieblas y con breve tardanza a la ciudad  
hemonia<sup>13</sup> llega y, después de quitarse del cuerpo las alas,  
muda de apariencia, y una vez que de Ceix ha tomado la figura,  
lívido, a un muerto semejante, sin vestido alguno  
ante el lecho se paró de la esposa desgraciada: húmeda parece 655  
la barba del marido y una onda pesada correr por los cabellos mojados.  
Inclinándose entonces sobre el lecho, con llanto en su rostro vertido,  
esto dice: “¿Reconoces a Ceix, esposa mía tan desgraciada?  
¿Ha cambiado acaso mi apariencia? ¡Mírame ahora! Conocerás  
y encontrarás, en lugar de tu esposo, de tu esposo la sombra. 660  
Ninguna ayuda, Alcíone, me prestaron tus ofrendas:  
¡Estoy muerto! ¡No quieras que te asegure lo que es falso!  
De nubes colmado, a la nave sorprendió en el mar Egeo  
el Austro y por su ingente soplo sacudida la deshizo,  
y mi boca, que en vano gritaba tu nombre, 665  
llenaron las olas. No te anuncia estas nuevas un testigo  
dudoso, de vagos rumores no llegan estas nuevas a tus oídos:  
yo mismo, que el náufrago soy, mi muerte en persona te hago saber.  
Levántate, vamos, derrama tus lágrimas y vístete de luto y a mí  
sin haberme llorado no me hagas descender al Tártaro vacío.” 670  
Añadió a estas palabras Morfeo una voz que ella de su esposo  
creería que era, también que vertía auténtico llanto  
había parecido, y el gesto de Ceix su mano tenía.  
Da Alcíone un gemido, sus lágrimas deja caer y mueve sus brazos  
en medio del sueño, y buscando un cuerpo el aire abraza 675  
y exclama “¡quédate! ¿A dónde te escapas? ¡Juntos iremos!”  
Por su propia voz y la visión del esposo perturbada, el sopor  
sacude y mira primero en derredor por si allí se encuentra  
el que poco antes había aparecido; pues alarmados por sus voces los sirvientes  
habían llevado una luz. Después que no lo encuentra en ningún lado, 680  
se golpea el rostro con la mano y arranca los vestidos de su pecho  
y hiere su propio pecho, y no cuida de soltarse los cabellos:  
se los mesa y a su nodriza, que pregunta cuál es de su aflicción el motivo,  
“¡Ninguna Alcíone existe, ninguna!” le dice. “Ha muerto  
junto con su Ceix! ¡Llevaos las palabras de consuelo! 685  
¡Náufrago ha perecido! Lo he visto y lo he reconocido y mis manos,  
mientras él se alejaba y yo ansiaba retenerlo, le extendí.

se registra en *Iliada*: la del ὕπνός—palabra cuya traducción latina es, precisamente, *somnus*—el cual es presentado allí como una deidad, hermano de la Muerte y auxiliar de Hera (cf. Hom. *Il.* 14.231ss.). En segundo lugar, Morfeo se inscribe en la categoría del *somnium* (vv. 626–628), ‘ensueño’, esto es, de las representaciones ilusorias o fantásticas del durmiente, lo cual lo emparenta, asimismo, con la divinidad homérica Ὀνειρος, personificación de esas mismas representaciones cuyo nombre tradujeron los latinos por *somnium*; Ὀνειρος, por lo demás, también tenía en Homero la habilidad de presentarse bajo la apariencia de un ser humano, vivo o muerto (cf. Hom. *Il.* 2.16–34).

13 De Tesalia. *urbem Haemoniam*, i. e. Traquis.

Era una sombra –pero una sombra, aun así, manifiesta y de mi esposo  
verdadera. Por cierto, él no tenía, si quieres saber,  
el aspecto acostumbrado ni con el rostro de antes resplandecía: 690  
Pálido y desnudo y aún con los cabellos mojados  
lo vi en mi desdicha. Digno de compasión, se paró justo aquí  
¡en este preciso lugar!” (y busca si algunas huellas quedaron)  
“Era esto, esto, lo que con ánimo profético temía,  
y que no me abandonarás, que los vientos no siguieras rogaba. 695  
¡Al menos quisiera, puesto que a morir te marchabas,  
que a mí también me hubieses llevado! Conveniente hubiera sido contigo  
ir para mí, pues ni un solo momento de la vida  
hubiese pasado si no era contigo, ni la muerte separados nos habría acontecido.  
Ahora ausente he perecido, y soy sacudida también por las olas ausente 700  
y sin mí, el mar de mí se ha adueñado. Más cruel sería  
que el piélago mismo mi mente, si mi vida me esforzara  
en prolongar y por sobrevivir luchara a tan inmenso dolor.  
Mas ni voy a luchar, ni a ti, desgraciado, voy a abandonarte, 705  
y por lo menos ahora tu compañera de viaje seré, y en el sepulcro  
si no la urna, nos unirá siquiera una inscripción, si no  
con mis huesos tus huesos, al menos tu nombre con mi nombre tocaré.”  
El dolor le impide seguir, y cada palabra la interrumpe  
el llanto, y del turbado corazón los gemidos se arrancan.

## BIBLIOGRAFÍA

(En virtud de las peculiaridades del artículo, sólo se consignan las ediciones, comentarios y diccionarios consultados para la traducción)

- Anderson, W. S. (ed.) (2008). *P. Ovidius Naso Metamorphoses*. De Gruyter.
- AA. VV. (1894). *Thesaurus Linguae Latinae*. De Gruyter. En línea: <[tll.degruyter.com](http://tll.degruyter.com)> (consulta: 10-03-2025).
- Bömer, F. (1969). *P. Ovidius Naso, Metamorphosen: Kommentar* (I-III). Winter.
- Bömer, F. (1976). *P. Ovidius Naso, Metamorphosen: Kommentar* (IV-V). Winter.
- Bömer, F. (1977). *P. Ovidius Naso, Metamorphosen: Kommentar* (VI-VII). Winter.
- Bömer, F. (1977). *P. Ovidius Naso, Metamorphosen: Kommentar* (VIII-IX). Winter.
- Bömer, F. (1980). *P. Ovidius Naso, Metamorphosen: Kommentar* (X-XI). Winter.
- Bömer, F. (1986). *P. Ovidius Naso, Metamorphosen: Kommentar* (XIV-XV). Winter.
- Bömer, F. (2006). *P. Ovidius Naso, Metamorphosen: Kommentar* (XII-XIII). Winter.
- Daremberg, Ch. y Saglio, E. (1877-1919). *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines d'après les textes et les monuments*. 10 volumes. Hachette. En línea: <[DAGR - Accueil](http://DAGR-Accueil)> (consulta: 19-03-2025).

- Gaffiot, F. (1943). *Dictionnaire illustré latin-français*. Hachette.
- Clare, P. G. W. (ed.) (1968). *Oxford Latin Dictionary*. Clarendon Press.
- Kenney, E. J. y Chiarini, G. (eds.) (2011). *Ovidio Metamorfosi*. 6 volumi. Lorenzo Valla.
- Lewis, C. T. y Short, C. (1969). *A Latin dictionary, founded on Andrews' edition of Freund's Latin Dictionary*. Oxford University.
- Magnus, H. (ed.) (1914). *P. Ovidi Nasonis Metamorphoseon Libri XV*. Weidmann.
- Tarrant, R. J. (ed.) (2004). *P. Ovidi Nasonis Metamorphoses*. Oxford University.